



Bilbao, 11 de octubre 2016
Fiesta de Nuestra Señora de Begoña

“Se esforzarán en copiar en el alma y en el cuerpo las virtudes de la que es Madre de Dios y de los hombres y la Protectora del Colegio que toma nombre de su celestial Pureza”.
(Pensamientos, n. 327)

Queridas hermanas y queridos miembros de MFA.:

De nuevo me pongo en contacto con vosotros al acercarse nuestra gran fiesta de la Pureza. No sabría qué deciros que vosotros no conozcáis de la Virgen y del amor que Madre Alberta le profesaba. Ella misma nos da a conocer algunos de sus sentimientos en el poema que le dedica al ermitaño Elías:

¡Quisiera hablar de María!
¿Qué decir de Ella? ¡No acierto!
Es la palabra muy débil;
no traduce el sentimiento que,
al tratar de nuestra Madre,
hace latir nuestro pecho.
¿No valdría más callar y
saborear en silencio
las dulzuras de su amor
tan puro como los cielos,
grande como lo infinito,
como el mismo Dios inmenso?
Si hay un mortal que lo sienta,
que calle, sí le aconsejo,
y no empañe con el habla cristal
tan puro y tan terso...

María significó mucho en la vida de Madre Alberta y ha significado mucho en la historia del nuestro Instituto. Con la Virgen, Madre Alberta lo empezaba todo, a Ella se lo encomendaba todo: *“Pequeñas cosas que tengáis, contádselo todo a la Virgen”* (Pensamientos, n. 328); *“Con la protección de la Virgen todo resultará bien”* (Cartas, n. 324).



Y fue María quien introdujo a Madre Alberta en la vivencia de la comunión con Dios, con los hermanos y con las realidades terrenas. ¿De quién sino de Ella aprendió a abandonarse a la acción del Espíritu Santo, a dejarse iluminar por la Palabra, a escucharla y meditarla en su corazón? ¿Quién le enseñó a mirar todo con los ojos de la fe, a vivir en la esperanza?

Conocemos las situaciones de dolor por las que pasó Madre Alberta; sus escritos nos dan a entender que meditó muchas veces la escena evangélica de María al pie de la Cruz. Allí escuchó, como el discípulo amado: *“Ahí tienes a tu Madre”* (Jn 19, 26) y, desde entonces la acogió en su vida, en su obra. Era muy consciente de esta gracia tan grande que el Señor nos había concedido al dárnosla por Madre: *“Madre mía dulcísima Vos sois mi madre porque vuestro hijo así lo dijo desde la cruz, tened compasión de mi miseria y alcanzadme la gracia de seguir a Cristo como él sea servido”* (*Ejercicios Espirituales*, 25-07-1884).

No cabe duda de que cumplió con creces el propósito de los ejercicios espirituales de 1884 de agradecer al Señor el regalo de su Madre y de amarla con mucha ternura: *“Jesucristo lleno de caridad y amor nos da a su Madre por madre mía. Debo pues agradecerle esta inestimable gracia y amar a tan buena madre con mucha ternura”* (*Idem.*). Son innumerables los testimonios que hablan de su amor especial a la Virgen (Begoña Peciña, *La personalidad de Alberta Giménez*, vol. II p. 49), destaca el de su propia nieta, Pilar Civera: *“La principal devoción de mi abuelita, fue la devoción a la Santísima Virgen”*.

Madre Alberta tenía muy claro que no somos nosotros quienes hemos escogido a María por Madre. Toda iniciativa viene de Dios y la elección de María ha sido cosa suya. El Señor ha hecho que la devoción a María sea algo esencial en la Iglesia y, por ello, también en la Pureza. El mismo Dios ha querido formarnos, guiarnos y conservarnos bajo la advocación de su Madre, plena de pureza, limpia de pecado, transparente en su amor, para llevarnos a la santidad.

María conduce nuestras vidas a través de su Pureza Inmaculada hasta el fondo mismo del Corazón de Dios, como lo hizo con la vida de la Madre. Por eso el amor intenso y la devoción a la Virgen es algo tan característico de nuestra espiritualidad que, si no se diera en nosotros, dejaríamos de ser fieles a lo que ella fue y quiso para nosotros.

San Ignacio de Loyola decía: *“que el amor se debe poner más en las obras que en las palabras”* (San Ignacio *Ejercicios Espirituales* n. 230). Y así lo entendió la Madre, que iba grabando en su interior la forma de ser, de hablar y de mirar de su Madre del



Cielo y lo inculcaba a todos: *“Por la limpieza de su espíritu y de su corazón deben esforzarse en imitar con el auxilio de la gracia la Pureza de su Madre Inmaculada”* (Pensamientos, n. 323). María, a su paso por la vida de Madre Alberta, ha dejado en ella la imagen de sus virtudes: humanidad evangélica, fortaleza, humildad, pureza, autenticidad. Su deseo de amarla y de hacerla amar la hizo ser muy creativa: besamanos, oración especial en el mes de mayo, novenas, celebración de las fiestas marianas, poesías, estampas... Todo era poco para obsequiarla.

Pedía que se celebrara la fiesta de la Pureza en todas las casas de la Congregación con la máxima solemnidad, empezando por una buena preparación de la Eucaristía (Margarita Juan, *Una insigne Balear*, vol. I, p. 304).

De sus cartas entresacamos:

“El domingo, día de Santa Teresa, tenemos la fiesta de la Pureza, trasladando esta al domingo siguiente. ¡Quién pudiera por los aires enviarles un centenar de buñuelos! Hagan ustedes algo en la celebración de las fiestas” (Cartas, n. 60, 10-10-1899).

“¡Era el día de la Pureza! La fiesta estuvo animada como siempre y, como siempre, hubo dulces, helado, lechona, etc.” (Cartas, n. 298, 20-10-1913).

Queridas hermanas y queridos amigos:

- Hagamos nuestros los deseos de Madre Alberta y celebremos con alegría la Fiesta de la Pureza. Recemos y cantemos en este día con la fuerza del Espíritu la oración *Bendita sea tu Pureza*. Digámosle con mucho cariño: *“Míranos con compasión, no nos dejes Madre mía”*; que nos mire con compasión y que su mirada se grabe en la nuestra, para que miremos a nuestros hermanos con esa ternura con la que nos mira Ella y les ayudemos a encontrarse con el amor de su Hijo Jesús.

- Busquemos realizar en esta fiesta una obra de misericordia, en comunidad, en familia o personalmente, para que en este día alguien pueda sonreír gracias a nuestros gestos de amor.

-Pidamos a la Virgen que sus virtudes se graben nuestra vida, que se reflejen en nuestro entorno, en nuestros colegios, en nuestros hogares y que lo puedan captar los que nos traten, aquellos que se acerquen a nosotros.

-De manera especial pidamos que bendiga a la Comunidad de Loja; por primera vez, desde este lugar, se invocará a María como Madre la Pureza.



-Oremos también por la Congregación General de los jesuitas y por su misión en la Iglesia. Gracias a ellos hemos podido nutrir nuestra espiritualidad con la riqueza de la espiritualidad ignaciana.

-Sigamos profundizando en los desafíos que el Capítulo XXVI nos proponía para este nuevo año y que son los caminos por los que el Espíritu quiere que transitemos conjuntamente las hermanas y MFA. Confiémosle a nuestra Madre de la Pureza el próximo encuentro nacional de MFA que se va a celebrar en Granada.

-Y, por último, bendigamos y alabemos al Señor porque nos ha dejado en las mejores manos, las mismas manos que le abrazaron a Él de Niño y que le sostuvieron muerto; manos que siguen levantándose hacia su Hijo para interceder por todos sus otros hijos. Y recordemos siempre, cuando creamos que hay algo imposible de solucionar en nuestras vidas: *“Ahí tienes a tu Madre”*.

Un abrazo fuerte a todos,



H. Emilia González García
Superiora General